

Caperucita roja, el lobo feroz y la necesidad de ir siempre bien armado

GERARDO PIÑA-ROSALES

Había una vez una niña muy bonita y la mar de buenecita llamada Caperucita, siempre dispuesta a ayudar a su mamá en los quehaceres de la casa y en el cuidado de su abuelita, que vivía al otro lado del bosque. “Hoy –le había dicho la mamá– le llevarás a la abuelita una libra de carne de membrillo, unas galletitas ‘María’ y unos paquetitos de té”.

Era la hora de la siesta, hacía calor, mucho calor; desde lo frondoso del bosque llegaban los cantos de los pájaros y el chirriar de las cigarras.

Caperucita, consciente de sus deberes, se puso la caperuza colorada, cogió el cestito y se aprestó a ir a casa de su abuelita.

Desde la cocina, la mamá le advirtió: “Caperucita, no olvides de llevar tu escopeta, que por ahí anda el lobo feroz haciendo de las suyas”. Caperucita sonrió. ¡Cómo iba ella a olvidar su elegante y mortífera Browning B-25, de bellos grabados en báscula, cañón de 71cm, doble punto de mira, de muy buen encare, selector de tiro y

Gerardo Piña-Rosales es director honorario y Miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Es Correspondiente de la Real Academia Española, de la Academia Panameña de la Lengua y de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, y Presidente Honorario de la Sociedad Nacional Hispánica Sigma Delta Pi. Ha estudiado en el Instituto Español de Tánger, en la Universidad de Granada y en la Universidad de Salamanca. Se graduó por el Queens College de CUNY, donde se doctoró con una tesis sobre la literatura del exilio español de 1939. Fue profesor de Literatura en la City University of New York.

Piña-Rosales, G. “Caperucita roja, el lobo feroz y la necesidad de ir siempre bien armado”. *Camino Real*, 11:14. Alcalá de Henares: Instituto Franklin - UAH, 2019: 173-175. Print.

Recibido: 13 de diciembre de 2018.

expulsora! “Claro, mamá –le contestó la niña, ya en la puerta–, y me llevo también en la nueva canana un buen puñado de balas en cruz”.

Caperucita, segura y confiada, caminaba por el bosque más contenta que unas pascuas, correteando tras las mariposas y olisqueando las florecillas que encontraba a su paso.

De pronto, el lobo, que había estado asechando a Caperucita desde que la niña saliera de su casa, como lobo que era, se abalanzó sobre ella aullando, abiertas las feroces fauces, negras como la boca de un lobo. Caperucita no se inmutó. Colocó la cestita en la yerba y se echó el fusil a la cara: sonó un estampido. En el bosque revolotearon las aves y chillaron los macacos.

Caperucita había fallado el disparo.

Pero la escopeta tenía dos cañones... El lobo, pegó un salto por encima de la niña y, con el rabo entre las patas, se escurrió entre unos matorrales. Caperucita aprovechó para increparlo: “¡Malo, malo y requetemalo! ¿Cuándo te vas a enterar de que a las niñas bien armadas como yo no podrás comértelas nunca? ¡Que te sirva de escarmiento!”.

Y así, envalentonada, llegó a casa de la abuelita, y enseguida le contó a la buena señora su aventura con el lobo. “¡Cuánta razón tenía tu madre en que aprendieras desde chiquitica a manejar el fusil como un pro!” —le dijo sonriente la anciana, acariciándole la cabecita.

Caperucita dispuso la mesa, y ambas se sentaron, seguras y confiadas, a zamparse unas galletitas y a saborear un té de Ceilán.

Pero el lobo, esa alimaña feroz, no se da por vencido tan fácilmente. ¡Y tenía hambre, mucha hambre, muchísima hambre! Después del fiasco con las ovejas, ya ni el hermano Francisco se acordaba de él.

Lentamente, arqueando el espinazo y procurando no hacer ruido al pisar la maleza, el animal se fue acercando a la casa. Advirtió que una de las ventanas laterales estaba abierta. Oyó voces dentro. No lo pensó dos veces, pegó un salto y se coló en la casa. La abuela soltó un grito de espanto, pero ya Caperucita agarraba su fusil para darle al lobo su merecido. Pero el hombre propone y Dios dispone: en ese preciso momento, del susto, a la abuelita le dio un síncope, y, al desplomarse, fue ella quien recibió el impacto del disparo.

Caperucita apretó el gatillo de nuevo: sonó un ominoso clic.

El lobo, sabedor de que la escopeta de la niña estaba ahora descargada, se lo tomó con calma. Caperucita, acorralada, corrió despavorida hacia la puerta. Pero su suerte estaba echada. El lobo abrió su enorme bocaza colmillada y se dispuso a gozar

del festín. Empezó por los muslos tierno-tibios de la niña, y cuando no quedó de ella más que un montoncete de huesos, olisqueó el cadáver de la vieja, le dio unos mordiscos a sus amojamadas pantorrillas, pero como eran más duras que la pata de perico, se contentó con meársele encima.

Moraleja:

NO HAGA COMO CAPERUCITA.

LA PRÓXIMA VEZ LLÉVESE UNA AMETRALLADORA O
SEMIAUTOMÁTICA CON CAPACIDAD PARA LIQUIDAR A UN
EJÉRCITO (DE LOBOS O DE HOMBRES). CONTÁCTENOS:
NATIONAL RIFLE ASSOCIATION.COM